

# «Vivir del cuento»

*Juan Casamayor*

Editor. <http://www.paginasdeespuma.com>

**N**O PUEDE ser de otro modo: abro un ejemplar de *Los anacrónicos y otros cuentos*, de Ignacio Padilla, amigo y escritor recordado. Leo su dedicatoria manuscrita fechada en el año 2010: «Para Juan, maestro de esta cofradía, a la que todos amamos, adonde todos volvemos». Es verdad, Nacho. Amamos lo que hacemos y siempre volvemos, volvemos a hacerlo y volvemos para no dejar de amar. Todo bajo el umbral de una cofradía, pequeña o grande, la secta de palabra escrita.

Si un camino de ida y vuelta o si el amor son una forma de entrega, hace más de veinte años decidí convivir con una pasión: la edición y el libro. Dos décadas de camino pueden ser una trayectoria larga o tal vez corta. No obstante, como en un buen cuento, lo importante no radica en la distancia, sino en su plenitud, y una editorial –ahora lo entiendo– es, también, cuestión de plenitud. A mi juicio esta consideración es lo que precisamente nos reúne en este salón.

Volvemos. Un año más visito la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en esta edición especial. Lo confieso: vine por primera vez por literatura e intercambios y ahora, cada mes de noviembre, vuelvo por amistad y complicidad. Hace quince años, la Feria y su ciudad me recibieron generosos, con un trato cálido y entrañable desde entonces. Puedo afirmar que en este espacio lector se obtiene mucho más de lo que se da. Y esta cita es muestra de ello.

En este acto se considera el mérito de un editor y se le otorga un reconocimiento. No voy a ser yo quien establezca en qué reside nuestro mérito editorial justo esta tarde. Sin embargo, desearía compartir con todos ustedes algunas reflexiones sobre la labor editorial y el papel que juega un editor en pleno siglo XXI.

¿Qué es un libro?, ¿una «extensión de la memoria y la imaginación», como afirma Jorge Luis Borges? ¿Qué es un lector?, ¿una «figura mitológica narrada por los editores», como dibuja Andrés Neuman? Los editores formamos parte de esa memoria y esa imaginación colectivas que constituyen los libros que nos preceden y los que nos sobrevivirán. Incluso somos responsables, en parte, de esa mitología de la que habla con humor inteligente Neuman. El editor se sitúa contigo a estos dos extremos. Vivir en la lectura y crecer con el libro.

El editor es ese lector para quien no es suficiente vivir la lectura en la soledad enriquecida y acompañada de la palabra y que, por alguna razón cultural, social o quizá mística, en todo caso irremediable, construye un ecosistema más amplio, habitado por el placer y la reincidencia que para otros supone leer. Bello verbo, leer. El acto de leer nos duplica, nos sueña y nos encuentra.

El editor y la palabra. El editor y la lectura. El editor y su familia del aire; familia que se concreta en los escritores que completan un catálogo. La escritura del editor es su catálogo y cada capítulo, o mejor dicho, cada cuento, es una obra y su autor. Más que nunca creo en el compromiso del editor con el aquí y el ahora que me ha tocado vivir y ello se manifiesta en una alianza firme con mi literatura contemporánea, con mi idioma, con la cofradía del español. No soy editor de libros aislados. Siento debilidad y practico una edición en el tiempo y en la obra del escritor, con el que dialogo y debato.

Ese es el gran hallazgo que me ha proporcionado mi dedicación: ser testigo de la escritura, ese juego de luces y sombras, de verdad y mentira. Trabajar con la mentira literaria de mis autores es lo más honesto que hecho en mi vida. Antonio Ortuño, el hermano que me acompaña esta noche, lo grita: «Somos unos mentirosos que adornamos, pulimos, deformamos, embellecemos lo repulsivo y lo trocamos en presentable, incluso si intentamos reflejar el lodazal».

La obligación de todo editor es infectar al lector de esa mentira y de esa belleza; mostrar, si es necesario, «el lodazal», aunque se vaya a contracorriente, aunque suponga inventarse un gusto lector, aunque uno se vea abocado, felizmente abocado, a editar cuentos. El ejercicio editorial debería ser una forma de insumisión. Insumisión frente a las censuras de las ideas, frente a los gustos lectores unificados, frente a los obstáculos en el trasiego cultural entre países, frente a límites de una educación basada en principios lectores y críticos.

Esta filosofía de edición se expresa a través de mis escritores. Los escritores de dos orillas y un solo compromiso. Un compromiso editorial identificado con una única geografía, diversa y transversal. Me interesan los escritores extranjeros de sí mismos más que los sedentarios. Me atrae el texto que surge de la huida y la búsqueda, el que viene de lo irracional y simbólico y procura

finalmente otra vida. Si escribir, como explica la escritora argentina Samanta Schweblin, es entrar en el miedo y salir ileso, editar es aceptar el riesgo y salir vivo para contarla, para compartir el siguiente libro con los lectores.

Parte de todo ello lo he atesorado gracias a una construcción editorial hacia y desde Latinoamérica. En ella he descubierto, parafraseando de nuevo a Neuman, que su vitalidad sigue existiendo en el hábito de sus leyendas, en el bochinche de sus esquinas, en las maneras de sus pentagramas, en la sintaxis respondona de sus libros. Y en esa «sintaxis respondona» me siento tan cómodo como desubicado.

Mi deuda con este compromiso latinoamericano es de tal calado que el editor se empequeñece. Quien les habla ha aprendido a mirar en los trayectos, a comprender que en el fondo no existen dos orillas, a entender que una lengua es muchos idiomas.

Vengo de un país que se choca reivindicando las fronteras y las banderas de las naciones. Mi formación en los valores de la vieja Europa ilustrada me ha inculcado por cosa muy accidental haber nacido en esta parte del globo, o en sus antípodas, o en otra cualquiera. Alguno de mis escritores ha reforzado esta idea y me ha enseñado a estar en el mundo como ellos en su escritura, «descolocada, fuera de los límites, extranjera». Y aunque, como dice Clara Obligado, «no se nace con el estatuto de extranjero, se va adhiriendo a nuestra piel como un abrigo compacto», instalarse en esta convicción, para la que no hay ida y vuelta, es la mayor trascendencia y la mayor riqueza que me ha dado esta cartografía americana. «Yo no quiero volver, yo no sé volver», escribe el escritor venezolano Juan Carlos Méndez Guédez. Ese conflicto vital y literario es un punto de partida y un punto de destino de mi labor como editor.

El editor-lector en muchas ocasiones no es un hombre de ideas sino de intuiciones. En un proceso intelectual posterior, probablemente con una parte de pérdida, juega con el acierto y el error de la elección de un texto. Quiero pensar que hoy me he dirigido a ustedes por haber cometido más aciertos que errores en este universo editorial. Si hay un acierto por encima de todos, fue el de identificarnos con ese trance «maravilloso pero aniquilador», como diría Juan José Arreola que es el cuento.

De la sentencia «el cuento no vende» a la ocurrencia «vivir del cuento». Sin duda alguna, este género único e incomparable, aderezado de exaltación, militancia, resistencia y esfuerzo, nos ha regalado una editorial. Algunos vacilaron que fracasaríamos antes de empezar, otros que abandonaríamos pronto; la mayoría que estábamos locos. Mejor que nunca recuerdo las palabras de Julio Cortázar: «Creo que todos tenemos un poco de esa bella locura que nos mantiene andando cuando todo alrededor es tan insanamente cuerdo».

En fin, este reconocimiento pone de relieve un nombre, sin embargo no creo que un editor haga editorial. A lo mejor uno merece ser responsable de una edición con editor, de convertir un gusto personal en una aventura placentera y rentable llamada Páginas de Espuma. En ese camino de ida y vuelta, en esa entrega, en este viaje, en este momento y en este lugar, no estoy solo. No puedo acabar estas palabras sin agradecer a todos los que me acompañáis y, por encima de todos, como en algunas buenas historias, diariamente hay una persona junto a mí y en este instante también. Gracias a ti, Encarni.

Y a todos vosotros que estáis delante, en la otra orilla, en las otras vidas: muchísimas gracias.

Discurso de recepción del  
«Homenaje al Mérito Editorial 2017» a Páginas de Espuma  
(Feria Internacional del Libro de Guadalajara)